

## *A la memoria de mi padre*

Quiero agradecer, en primer lugar, a la Real Academia Asturiana de Jurisprudencia, por darme la oportunidad de escribir estas líneas en recuerdo de mi padre Carlos Cima García. Esta Institución a la que se honraba de pertenecer y por la que sentía una especial devoción, fue al final de sus días el lazo que le unió al mundo del derecho, mundo por el que puedo decir sin temor a equivocarme que sintió verdadera pasión, y en especial por el derecho procesal, rama que cultivó afanosamente en todas sus vertientes, práctica, doctrinal y docente.

No soy yo quizás la persona más indicada para hacer un alago profesional de mi padre, puesto que otros muchos, con más conocimiento de causa se han ocupado de hacerlo en los distintos medios de comunicación y en los foros jurídicos donde se ha abordado su andadura profesional, sin embargo sí me siento lo suficientemente «legitimado» para hacer un semblante del mismo desde su esfera menos conocida, por pertenecer a su propia intimidad, la familiar.

Mi padre siempre nos inculcó a mi hermano y a mí, la necesidad de la educación y del estudio, consideraba ambas cosas unas virtudes que hacían mejor a las personas, y ello con independencia del mayor o menor éxito que cada uno pudiese llegar a tener en cultivarlas. Ya desde niños se preocupó y se involucró directamente en nuestra educación, fue presidente de la Asociación de padres de Alumnos del Instituto Alfonso II mientras cursamos allí nuestros estudios, su dedicación a dicha asociación ha sido reconocida por parte del propio centro.

Puedo acreditar fehacientemente que estudió tres veces la carrera de derecho, una, la primera vez que se licenció, la segunda y la tercera cuando sus hijos comenzamos y terminamos la licenciatura. Recuerdo perfectamente las fichas resumen que nos elaboraba de las asignaturas más comprometidas, y que después yo «pasaba» a algunos compañeros y con las que tenías un éxito seguro en el examen, con un menor esfuerzo.

Cuando inicié mi carrera profesional como abogado, no solo fue sustento intelectual del despacho sino que además tanto a mí como a mis compañeros nos demostró lo importante del conocimiento del derecho procesal; organizó cursos en el despacho de las novedades legislativas que en el ámbito procesal surgían, siendo la más amplia de ellas la que de la nueva LEC del año 2000 impartió en el despacho y que estuvo abierta a todo aquel abogado amigo que quisiera asistir.

El trato amable con todas las personas, también tenía su reflejo en casa y creo que gracias a él hemos aprendido a respetar y a tratar a la gente de forma

llana pero siempre educada. Y es que todavía tengo grabadas las palabras que en la entrega de la medalla de San Raimundo de Peñafort le dedicó D. Eduardo Gota Losada, quien tras alabar su carrera profesional y merecimientos para la condecoración, concluyó con unas palabras que para mí, al menos, sí que reflejaban de verdad a mi padre, al decir: «que lo más importante de todo, es que Carlos Cima es una buena persona». Y efectivamente mi padre era una buena, muy buena persona, con una calidad humana excepcional.

Los últimos recuerdos que me quedan son los de pasar largas horas con él en una mesa, siempre la misma, que ocupaba todas las tardes y los medios días en un restaurante ovetense, al que acudía a tomar la consabida botella de sidra, y en la que con otros parroquianos se discutía de lo divino y lo humano, de la justicia, de la función pública, de las pensiones etc.; pero también, cómo no, de fútbol, y veíamos los partidos del Real Madrid del que era seguidor, y del Barcelona del que era seguidor yo. Del tiempo que dedicó al cuidado de sus nietos, en especial al mayor de ellos, pues el segundo tiene algo más de un año, de cómo disfrutaba los domingos en Limanes viéndoles jugar, de lo orgulloso que se sentía de ellos.

Para finalizar siempre le agradeceré las cálidas palabras, que emocionado, en todos los actos en los que era homenajeado nos dedicó a su familia en especial sus hijos y su mujer, mi madre Palmira, sin la que seguramente y si no hubiera estado a su lado, no habría alcanzado los logros profesionales y personales que le caracterizaron, porque en el fondo somos parecidos a los que nos rodean y si quienes están con nosotros nos quieren y ayudan siempre conseguiremos que digan, como dijeron de mi padre Carlos Cima, que somos buenas personas.

Fdo. Carlos Cima Orozco